

Hoja Dominical

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS DE COSTA RICA

AÑO
XVIII

Redacción y Administración
PP. Capuchinos, Cartago.

5 ejemplares semanales
© 7.00 al año.

50 ejemplares semanales
© 1.25 cada semana.

No.
857

SANTORAL

<p>Dom. 20 † 27° Después de Pentecostés. San Félix Valois, y los mártires Dionisio y Agapito.</p> <p>Lun. 21 LA PRESENTACIÓN DE NUESTRA SEÑORA EN EL TEMPLO. Santos Alberto, Demetrio y Honorio, mrs.</p> <p style="text-align: center;">CUARTO MENGUANTE a las 2.38 a. m.</p> <p>Mart. 22 Santa Cecilia, vg.; Mauro, mr.; Pancracio, ob.</p>	<p>Miérc. 25 San Clemente, papa; Felcitas y Lucrecia, mrs.</p> <p>Juev. 24 San Juan de la Cruz, conf.; Alejandro y Fermína, mrs.</p> <p>Viern. 25 Santas Catalina, Moisés y Erasmo, mrs.</p> <p>Sáb. 26 LOS DESPOSORIOS DE NUESTRA SEÑORA. San Marcelo y Leonardo de Puerto Mauricio.</p>
--	---

Domingo XXVII después de Pentecostés

Evangelio según San Mateo—Cap. XXIV.

En aquel tiempo: Dijo Jesús a sus discípulos: Cuando viereis que está establecida en el lugar santo la abominación desoladora que predijo Daniel (quien lea esto, note bien): en aquel trance los que moran en Judea huyan a los montes; y el que está en el terrado no baje a sacar cosa de su casa; y el que se halle en el campo no vuelva a coger su túnica. Pero ¡ay de las que están en cinta o criando! Rogad, pues, a Dios, que vuestra huída no sea en invierno, o en sábado, porque será tan terrible tribulación entonces, que no la hubo semejante desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá jamás. Y a no acortarse aquellos días, ninguno se salvaría; mas abreviarse han por amor de los escogidos. En aquel tiempo, si alguno os dice: El Cristo o Mesías está aquí o allí, no le creais. Porque aparecerán falsos Cristos y falsos profetas, y harán alarde de grandes maravillas y prodigios; por manera que, aun los escogidos, si posible fuera, caerían en error. Ya véis que os lo he predicho. Así, aunque os digan: He aquí al Mesías que está en el desierto, no vayáis allá; o bien si os dicen: Mirad que está en la parte más interior de la casa, no lo creais. Porque como el relámpago sale del oriente y se deja ver en un instante hasta el occidente, así será el advenimiento del Hijo del Hombre. Y donde quiera que se hallare el cuerpo, allí se juntarán las águilas. Pero luego, después de la tribulación de aquellos días, el sol se obscurecerá, la luna no alumbrará, y las estrellas caerán del cielo, y las Virtudes o los Angeles del Cielo temblarán. Entonces aparecerá en el Cielo la señal del Hijo del Hombre sobre las nubes resplandecientes del Cielo con gran poder y majestad, el cual enviará sus ángeles, que a voz de trompeta sonora congregarán a sus escogidos de las cuatro partes del mundo, desde un horizonte del Cielo hasta el otro. Tomad esta comparación, sacada del árbol de la higuera: Cuando sus ramas están ya tiernas, y brotan las hojas, conocéis que el verano está cerca. Pues así también, cuando vosotros viereis estas cosas, tened por cierto que ya el Hijo del Hombre está para llegar; que ya está a la puerta. Lo que os aseguro es, que no se acabará esta generación hasta que se cumpla todo esto. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no fallarán.

Aplicación moral

Todo lo cual debe inspirarnos vigor y aliento en las dificultades inevitables de nuestra profesión cristiana; pensemos en las terribles pruebas a que se sometieron nuestros padres en la fe, busquemos en su alma el poder, la fuerza oculta que los sostuvo, y encontraremos en los días críticos, en los primeros pasos de la Iglesia la imagen adorada del Maestro viva por algunos años en su Madre Santísima presente al calvario de los primeros discípulos como lo estuvo a la crucifixión de su divino Hijo. No pensaremos jamás en las angustias de los

buenos sin encontrar junto a ellos la Madre de la Redención. Ella fué la que reunió en torno de su regazo virginal los dispersos discípulos; las primeras lágrimas de arrepentimiento de los que habían huído, fueron derramadas sobre el pecho de María, las primeras palabras de aliento salieron de los labios virginales que llamaron a Jesús «Hijo mío», y recibieron encargo testamentario de prodigar el mismo cariñoso nombre a los discípulos del Crucificado; María Santísima, la Virgen-Madre, es inspiradora de las páginas evangélicas que refieren el

origen, la infancia y la vida oculta de Jesús; María es el viviente proto-evangelio consultado por los sagrados escritores del Nuevo Testamento: y la fortaleza de Madre que la sostuvo al pie de la cruz, sostuvo las debilidades y desfallecimientos de los pobres redimidos cuando el mundo judío y el mundo pagano mancomunados quisieron aplastarlos. La Virgen vivió todavía muchos años después de las primeras explosiones del odio anticristiano, fué la nodriza de la Iglesia; y así se verificó que la Redención, iniciada en la solitaria mansión de María en Nazaret, y en la cooperación decisiva que entonces le pidió el cielo, y en la compenetración constante de su Corazón inmaculado con el Corazón divino de Jesús, ha dado al Cristianismo la pauta para entender los trámites que ha de seguir en la eficacia de la redención para cada uno: lo que no comenzó sino por María, no se consumará sin Ella. Jesús la ha puesto en el vestíbulo de la Iglesia, y la pone en el principio de sus luchas, y le confía la administración de sus méritos, y la mediación universal para que sea corredentora por la voluntad con que aceptó ser Madre de Jesús, y por la voluntad de Jesús al nombrarla Madre de los redimidos. El nombre de Jesús llena toda la historia de la humanidad: el nombre de María es el sello, razón suprema de la vida, de la doctrina y de la muerte del Redentor. Y cuando llegue el día del reinado glorioso de Jesucristo, y sus enemigos estén puestos como alfombra bajo sus pies, los elegidos cantarán el himno triunfal: Jesús es el Hijo de Dios vivo, su realeza domina los cielos y el abismo y está sentado a la diestra de Dios Padre con aquella carne crucificada de que le vistió la más pura de las vírgenes, la más buena de las madres, la Inmaculada Reina del cielo, MARIA.

LA CUESTION SOCIAL

Esta magna cuestión, que fluye como consecuencia natural y lógica de la esencia y constitución misma del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, no es de hoy, ni de ayer, sino de todos los tiempos, desde los albores de la creación visible.

La perversión moral del hombre, caído por voluntaria y libre rebelión contra su Hacedor supremo, la audacia y mala fe de todos aquellos que se han creído maestros y directores de los pueblos, desviaron la humanidad del recto camino, señalado por la ley natural, impresa indeleblemente en su esencia, empujándole por la senda tortuosa de la falsedad y del error.

Cicerón, Diodoro de Sicilia y Epicuro, seguidos de otros, que sería prolijo enumerar, fueron funestos predecesores de aquellos que, como Hobbes y Ruseau, pretendieron orlar sus frentes con la aureola refulgente de la ciencia filosófica, para que, en nombre de la misma y sin base alguna histórica, convertir al hombre, por obra y gracia de sus caprichos, no en la obra perfecta y acabada en su ser, que la omnipotencia de Dios había plasmado, sino en uno de tantos animales aislados y salvajes, que en sus luchas ineludibles por la existencia, llegarían a formar sociedad mediante convenciones humanas y pactos sociales voluntarios.

Hecho tan raro, admirable y gigantesco, monumento imperecedero y grandioso, que establecería la línea divisoria entre el hombre primitivo, habitante de la caverna y del bosque y el hombre civilizado y social, paso desconocido para nuestros antepasados, sin que la historia de la humanidad, ni las tradiciones de los pueblos, pudieran señalar jamás el lugar, la época y demás circunstancias que debieran acompañar esa obra trascendental en las generaciones humanas.

Esto no obstante la teoría famosa del Contrato Social, que el audaz filósofo de Ginebra, ordenó con los encantos aparentes de la ciencia, maravilló

las mentes de los Enciclopedistas, abrió brecha y camino en el terreno abonado del Protestantismo, con el cual, según el sabio León XIII en su Encíclica «*Diuturnum Illud*» entroncó, estableciendo perfecto maridaje y contubernio.

Juan Knox, fanático escocés y complicado en las desdichas de María Estuardo, Hubertelanguet, conocido con el seudónimo de Junio Bruto, Bouchanan, Bodin, Puffendorff, Loke y Hobbes, fanáticos sostenedores del absolutismo de la nefanda Reforma, enseñaron en sus escritos la teoría del Contrato Social, con la cual más tarde el filósofo ginebrino conmovió las masas, inflamó las pasiones y sentaría los principios disolventes, que amenazan los cimientos de la sociedad y la estabilidad de las naciones en la presente centuria.

«El derecho social, dice Ruseau, no procede de la naturaleza; está fundado sobre convenciones. Se trata de saber cuales convenciones son estas; antes de venir a esta averiguación debo establecer lo que voy a decir previamente. La casualidad hizo al hombre convertirse en inventor y estas invenciones produjeron nuevas necesidades..., las necesidades exteriores fueron estimuladas al trabajo y esto dió origen a la propiedad, la cual, al introducir la desigualdad y el fundamento de la sociedad, dividió los hombres en ricos y pobres, llevándolos a la guerra. Para librarse de ella los hombres determinaron unirse en sociedad, creando una agrupación, una suma de fuerzas bastante para defender la persona y los bienes de cada una, apareciendo en un momento dado el pacto social»

«Celebróse este convenio, continúa Ruseau, enagenando cada socio sus derechos a la comunidad y como la naturaleza confiere a cada hombre un poder absoluto sobre sus miembros, también el pacto social da al cuerpo político un poder absoluto sobre todos los suyos»

«Hay en este Contrato Social una profesión de fe puramente civil, cuyos artículos conviene fijarlo al principio, sin obligar a creerlos a nadie; tiene, sin embargo, facultad para desterrar a cualquiera que no los crea. Todo aquel que se propase a decir «*fuera de la Iglesia no hay salvación*», debe ser expulsado del Estado, a no ser que este sea la Iglesia y que el Príncipe sea el Pontífice»

Esta hipótesis de Ruseau, encumbrada a la mayor altura por notables filósofos del siglo pasado, cayó en el mas grande descredito mas tarde, por cuanto la razón, comprendió perfectamente que ella era contraria a los principios de ley natural, que Dios había grabado en el corazón del Hombre.

Contra ella se levantó además lo mejor y más granado de los grandes filósofos considerándola completamente absurda y utópica, por cuanto, como afirma el sabio filósofo Balmes, se basa en una ficción expresada por el consentimiento implícito. En este sistema, añade el gran filósofo de Vich no es posible salir nunca de semejante ficción; implícito ha de ser el consentimiento de las familias, aún en el caso de que sea explícito el de sus jefes, lo que será imposible tratándose de una sociedad algo considerable; y además, implícito había de ser el de las generaciones que vayan sucediéndose, pues no es dable renovar en cada momento el pacto para consultar la voluntad de los que se interesen en sus efectos. La razón y la historia enseñan que las sociedades no se han formado nunca de esta manera; la experiencia nos dice que las actuales no se conservan ni se gobiernan por semejantes principios.

Terminamos este artículo con las palabras contundentes y decisivas de Balmes, que evidentemente demuestran la falsedad de la teoría rusioniana con la cual se creyó conocer el origen de la sociedad humana y solucionar la magna cuestión de las desigualdades sociales. R. P. C.

EL ALMA ASOMANDOSE POR LOS SENTIDOS

Sembrado de lazos vió San Antonio al mundo, y con lo dicho sobra para comprender cuan exactamente reflejaba la realidad aquella visión del santo solitario. Porque si bien se considera, no se asoma una sola vez el alma por las puertas y ventanas de los sentidos, que no encuentre al mundo, al enemigo exterior, rondando sus puertas, y acechando su salida. Y como el alma no se pone en contacto con las cosas exteriores, sino es mediante el ejercicio de los sentidos, por ellos le da el mundo, suave y terrible batería, por ellos le mueve dulce y mortífera guerra.

Cuando el alma se dispone a salir por las puertas de los ojos, al instante salen a su paso en alegre y bullicioso tropel todos aquellos objetos que con su espejo pueden desvanecerla y seducirla.

Pues, aquí a las mujeres, aún a muchas que pretenden retener el nombre y las apariencias de cristianas, despojadas hasta de los últimos restos de pudor y de recato, y ataviadas según enérgica expresión de la Escritura: *con adornos de ramera, apercebida para cazar almas* dejando en pos de sí ancha estela de sensualidad, y prendiendo las conciencias en el infernal anzuelo de su impudor y desnudez. Mas allá, contempla estatuas desnudas, pinturas indecentes, cromos, postales, grabados y otros objetos en los que la indecencia campea con toda su horrorosa fealdad. Y en todas partes se ofrece a su atónita mirada el lujo desenfadado, la ostentación provocativa, los deportes, pasatiempos, placeres y tentadoras diversiones, con toda esa máquina brillante y seductora de cosas raras y objetos peregrinos, que hacen perder el compás a quien los mira, y le inducen a solicitar su posesión y disfrute por cualquier vía y a costa de lo que fuere, aún cuando para ello sea menester dejar en manos de Satanás la candida estola de la inocencia.

Pues si el alma se dispone a salir por las puertas de los oídos, también allí espera al mago encantador del mundo, haciendo llegar a ella el eco suave y dulcisono de una música sensual y enervadora, que la suspende, que la hechiza y la frastorna, y así, privada de arbitrio, la hace ir a donde él quiere llevarla, que es la vaga región de las sensuales nostalgias y vaporosos ensueños, en donde el espíritu languidece y muere, y los animales instintos de la carne brotan con ímpetu brutal, avasallador, irresistible.

Demás de esto, aquí oye una frase saturada de lujuria, o un galanteo soez; allí escucha la narración de impúdicos y escandalosos amores, después un cantar obsceno, más tarde una conversación licenciosa, en la que al desnudo se habla de cosas, para las que el lenguaje del pudor no encontró nombre apropiado.

Aún cuando aparentemente escaso o ningún peligro pueda tener el alma al salir por las puertas del olfato, por ser el menos peligroso de todos los sentidos, todavía encuentra el mundo la manera de combatirla con toda esa profusa variedad de esquisitas fragancias que afeminan el carácter, le roban su varonil energía, lo hacen blando y muelle, y lo inclinan a la sensualidad.

Mas si el alma pretende salir por la puerta del gusto, allí está el mundo, ofreciéndole cuanto de agradable, suave y dulce al paladar producen la tierra, el mar y el aire, aderezado todo ello con mil géneros de condimentos, salsas y sainetes, que son estímulo del apetito, fomento de la gula, y pasto de la voluptuosidad.

Pues y qué decir cuando por las puertas del tacto, sale el alma de su natural encerramiento? El tacto es el mas innoble, el mas grosero y material de todos los sentidos, es regalón y amigo de comodidades, huye de los objetos ásperos y gusta de suaves y delicados; al lecho duro prefiere el lecho de blandas plumas, y al áspero vestido del ermitaño

el muelle y vaporoso de la cortesana. Y el gran peligro para el alma estriba en que el tacto, al chocar con otro cuerpo, y en especial si es de sexo diferente, hace saltar al momento la chispa del fuego impuro, que inflama la carne con siniestra llamada y puede reducir a pavesas todo el edificio humano, consumiéndolo en el voraz incendio de la lujuria. Por bien que le vaya en la refriega con el mundo, difícilmente conseguirá retirarse de él, sin haber sufrido serio quebranto en su pureza.

Bien se deja entender por lo dicho que, por grandes que sean el recato y la circunspección del alma, por enamorada que se halle de la virtud angelica, por firme que sea el propósito de conservarla incontaminada y pura, jamás carecen de peligro estas sus salidas al mundo por las puertas y ventanas de los sentidos. Pues por una parte, las cosas y objetos que el mundo le presenta, son siempre halagadores y simpáticos a los bajos instintos de la naturaleza caída; y por otra, nunca da un paso sin la peligrosa compañía de la desordenada concupiscencia, la cual, animada de una curiosidad insana, inclina a ver los objetos, no con los ojos castos y con honesto e inocente mirar, sino de modo tal, que en pos de la mirada vaya el afecto, de suerte que si los mira, los mire para deseárselos.

Y aún cuando el alma resista a tal deseo, grabada se lleva por lo menos la imagen diabólicamente encantadora de todo cuanto vió, oyó y tocó, y esto es bastante, para que por sus venas, por su corazón y sus entrañas circule la fiebre mortal de la impureza, cuyos estragos solamente la gracia divina, fecundando el buen propósito de conservarse fiel hasta la muerte, puede neutralizar.

Formidable poder de la seducción

Las asechanzas que el mundo pone a la castidad son tanto más peligrosas cuanto que nunca pelea a cuerpo descubierto, nunca se presenta con cara de enemigo, sino con ademanes de amigo complaciente, dispuesto a amenizar la existencia, haciéndonos probar la alegría del vivir.

Como artero y sagaz enemigo que es, raras veces o nunca, aparece rodeado de aprestos militares, por milagro deja ver sus perversas intenciones.

Su táctica consiste en sembrar sigilosamente de lazos el camino, en mostrar desde lejos los encantos, los placeres y las alegrías que la vida encierra, y en esperar a que el alma incauta se acerque a beber en la dorada copa, para aprisionarla en las redes que de antemano le tendió su astucia. ¡Ay de aquel que no sabe desenmascarar a tiempo a este falaz enemigo!

Como se ve, el mundo no es un enemigo feroz y sanguinario, sino dulce y placentero, que por armas emplea la caricia, y enerva con el halago, e hiere con el deleite, y envenena con la voluptuosidad, debilita con la dulzura del placer y con los regalos y delicias mata.

¿Quién será capaz de resistir toda la vida a un enemigo, que de armas tan mortíferas se sirve, siendo verdad que nadie es fuerte por largo tiempo?

Pues a este formidable poder de seducción, hay que añadir el eficazísimo concurso que al mundo prestan la concupiscencia, a la que no se contradice, antes halaga y satisface, y el demonio con la máquina infernal de su astucias, armada en medio del mundo para embobar a los humanos, a los que a cambio de su conciencia y en premio a su infidelidad a las sagradas promesas y solemnes juramentos del bautismo, ofréceles solaces, pasatiempos y diversiones, que son escollo de la inocencia, naufragio del pudor y ruina de la castidad.

No obstante, Dios a nadie niega su gracia, ni permite que seamos tentados sobre nuestras fuerzas, siempre que recurramos a El por medio de la oración.

MI PADRE

Es de alta frente y bigote cano,
de seca faz y mano sarmentosa:
Van su alma a Dios, sus ojos a su esposa,
su bolsa al pobre, a su quehacer su mano.

Ama su hogar el viejo castellano
como a su honor y a su deber; le acusa
una sed inmortal y no reposa
su orgullo de español y de cristiano.

Cuando su hijo cabalga en su rodilla
sueña el pequeño en agrandar Castilla,
oyendo hablar al viejo con tal brío.

¡Toda mi raza se encarnó en este hombre!
Si no sabe mi lengua darle nombre,
mi amor sabe decirle: ¡¡Padre mío!!

GALERIA DE ALMAS



VICENTE FRANCO
c. m.

MI MADRE

Aprendió en los proverbios a ser ama.
Trajina en el hogar, socorre y ora,
ríe con todos y, escondida, llora,
reparte el bien, más huye de la fama.

Tanto a su esposo y a sus hijos ama,
—no les adora, porque a Dios adora—
que cree poco el cariño que atesora
¡y por ellos sufriera hierro y llama!

Como en Dios ha cifrado su contento,
llorara por vivir tan largo espacio,
si en su hogar no encontrara su alegría.

Se llama Teresa en un convento,
Isabel de Castilla en un palacio
y en mi hogar yo la llamo: ¡Madre mía!

EFFECTOS DE LA EDUCACION LAICA

El hombre que piensa, no puede menos de sentir que un frío helado corre por todo su cuerpo, y de preguntarse al mismo tiempo ¿por qué será que en una nación tan floreciente como los E. U. A. poblada con tan famosas Universidades como Harvard, Yale, Standfort y otras, se cometan tantos crímenes con tanta sangre fría, con tanto salvajismo, sin la menor noción de moralidad, y sin ningún respeto a la autoridad? ¿Para qué sirven tantos adelantos modernos, tantos institutos científicos?... ¿Acaso es solamente para aumentar el cinismo, la corrupción y el hastío de la vida? ¡Ah! es que en esta nación de los Estados Unidos de América, de los 136 millones de habitantes, descontando los 20 millones de católicos, esos 116 millones restantes son educados en escuelas laicas, donde no se les habla de Dios, ni de sus preceptos, ni de su moral; en una palabra, donde no se enseña la Religión Cristiana. Y claro ¿qué se puede esperar de una generación de hombres sin principios religiosos y cuyo único ideal es un refinado egoísmo y un desmesurado deseo de gozar? Por eso la quiebra de centenares de Bancos que han dejado en la miseria a millones de personas, por eso la corrupción en el hogar, en los cargos públicos, tanto que los Demócratas, en su campaña para la presidencia, han inventado una marca de jabón con este rótulo «para limpiar a América.» ¡Pobrecitos!, se quedan en las ramas y no van a la raíz del mal, que está en las escuelas sin religión.

EL ATEISMO SOCIAL

Hace unos años, el P. Zacarías Martínez, en la conferencia que pronunció delante de la Academia de Zaragoza, advertía que ya no se trata de expulsar de las sociedades a la Iglesia Católica, como en los siglos XVI y XVII; o de expulsar a Cristo de los corazones y las conciencias, como en el siglo XVII; en el XIX y lo que va del XX se ha querido y se quiere suprimir hasta el nombre de Dios en las almas y en la creación universal que canta su gloria.

Efectivamente, ya en el siglo pasado, Proudhon exclamaba: «Dios es el que estorba», y un diputado belga, Anseele, en el Congreso socialista celebrado en Gante, vociferaba con insistencia: «Dios es el enemigo, Dios es la mentira».

Nuestro Santísimo Padre, Pío XI, en su última Encíclica titulada «Charitate Christi compulsi» con más precisión escribe: «Que estamos viendo hoy lo que jamás se vió en la historia, desplegadas al viento sin reparo alguno las satánicas banderas de la guerra contra Dios y contra la Religión en todos los pueblos y en todas las partes de la tierra».

Líneas antes había dicho, que «este mal, es el mal más tremendo de nuestros tiempos».

Basado en estas frases de Suprema autoridad para los católicos, como destellos de la luz del Vaticano, no he vacilado en escribir que le herejía de nuestro siglo es el ateísmo social.

EN LA VIDA DE LA IGLESIA

Las persecuciones, según el sentir de San Agustín, tienen para el cristiano grandes ventajas y utilidades, porque la Providencia de Dios, unas veces las permite para castigo, otras para prueba, y otras para corona y gloria, como en los mártires. (Enarr. In Ps. 29, número 8).

Como castigo debemos considerar la moderna persecución religiosa, pues vemos que muchos cristianos viven una vida materialista, completamente olvidados de su salvación, leen toda clase de periódicos impíos, obscenos, pasan las noches en cines y bailes escandalosos y se entregan por completo a una vida propia de paganos.

Nada diremos de la falta de verdadero celo en los que, por razón de su carácter, deben trabajar por la salvación de las almas, de los ricos y nobles que con sus copiosas riquezas y con sus títulos y blasones debían laborar por la Iglesia Católica, y en general de la apatía de los de arriba y de los que están abajo, de los que mandan y de los que obedecen.

En segundo lugar, las permite Dios como advertencia y despertador de nuestra fe, esperanza y caridad. Duermen en la tibieza muchos cristianos teóricos, sin confesarse ni comulgar, y al venir la persecución que arruina sus fortunas, al verse el rico fracasado en sus negocios, el pobre sin pan y trabajo, el noble en el destierro, lejos de su patria, piensan en Dios, oran y piden perdón de sus pecados. Las rogaciones, las misas de comunión general, las funciones de desagravio que vemos en días de persecución sectaria, son frutos saludables que Dios saca de esta triste situación.

En tercer lugar, las permite Dios para completar el número de los mártires. Toda persecución, lejos de ser perjudicial a la Iglesia, le sirve de utilidad grandísima, porque de este modo se llena y completa el número de mártires, que son los ciudadanos más ilustres y gloriosos de la Ciudad de Dios, y tanto más gloriosos e ilustres cuanto más fuertemente resistieron a la impiedad derramando su sangre: éstos son los verdaderos héroes de la Iglesia (De Civitate Dei X, c. 21). Y de estos millares de mártires, que generosamente derramaron la sangre por Jesucristo, se ha servido Dios para ensanchar el Reino de la Iglesia Católica.

Estas ideas de San Agustín, expuestas con claridad por el señor Arzobispo de Compostela en una Carta Pastoral, debemos meditarlas todos los católicos para cumplir con más facilidad nuestros sagrados deberes como católicos.

Imp. «EL HERALDO», Cartago